

SUPLEMENTO A EL DIARIO DE AVILA

CORRESPONDIENTE AL DÍA 23 DE DICIEMBRE DE 1916

1216 VII CENTENARIO 1916

DE LA ORDEN DE

Sto. Domingo de Guzmán

Santo Domingo y su Orden

Los triunfos de una Orden son el más elocuente panegírico de su Santo Fundador. El mero hecho de celebrar la Orden dominicana su VII centenario apesar de los rudos encuentros y sangrientas luchas que ha sostenido por la verdad, tómesese esta frase en sentido fíteral o metafórico, y sin cambio alguno ni división o reforma de su primer instituto, constituye ya de por sí un triunfo nada despreciable, puesto que siete siglos es una antigüedad muy respetable aún para un cuerpo moral, y que muchas instituciones políticas y aún dinastías querrian para sí. Cierta que, según nuestro humilde parecer apoyado en el del célebre Pitt y aún en la conminación escrituraria contra los *niños de cien años* la mera antigüedad no es un gran mérito para los seres inteligentes; pero sí lo es y muy grande cuando ese largo periodo de vida se ha llenado de obras útiles al mundo, y la Orden de Predicadores ha llenado y continúa llenando su ya larga carrera siete veces secular haciendo a la humanidad muchos y muy señalados servicios en el campo *intelectual, artístico y moral* o como dicen otros en el campo de la *verdad*, de la *belleza* y de la *bondad*, que viene a ser la misma división metódica y ordenada de las hazañas dominicanas, o de la deuda de gratitud que el mundo tiene para con los Dominicos por sus triples servicios prestados y en los cuales se comprenden también los no despreciables del orden material aunque por seguir el orden sistemático escolástico tan claro y tan apreciado por los discípulos del Dr. Angélico, no se haga expresa incursión de ellos.

Orden intelectual o de la Verdad

El día 22 de diciembre del año 1216 y primero del Pontificado de Honorio III o sea a principios del siglo XIII recibía la Orden de Santo Domingo su existencia oficial en la Iglesia de Dios. Considerando atentamente los factores y circunstancias de su fundación se descubre claramente haber sido tres principales todas efectivas aunque independientes entre sí. Y en primer lugar se echa de ver la necesidad de instrucción en aquel periodo para hacer frente a la cual surgió por un lado la idea de Santo Domingo y por otro el beneplácito de la Iglesia.

Al empezar el siglo XIII había muchas y muy arrogantes y disputadoras sectas que seducían al pueblo poco sabedor de las verdades de fe por falta de sacerdotes instruidos y celosos. La decadencia o total desaparición de muchas de las antiguas escuelas episcopales o monásticas había dado por resultado el que la formación intelectual del clero fuera muy deficiente y por lo mismo muy bajo su nivel científico: por otra parte los establecimientos científicos remanentes absorbiendo y monopolizando lo poco que había de vida intelectual, se enredaban

aban atrevida y de ordinario ineficazmente en los peliagudos problemas filosófico-teológicos de modo que su trabajo no solo era estéril sino sumamente peligroso para la fe; porque habiéndose introducido poco había, las obras de Aristóteles por un lado y por otro las de los filósofos árabes a las cuales con estar tan llenas de errores a veces tan crasos se las daba más crédito que a los santos Padres y aun a veces más que a Jesucristo, de modo que el mundo intelectual amenazaba total ruidosa y lastimosa ruina. De ahí que se sintiera vivamente la grave y urgente necesidad de reformar la educación. De esta necesidad social combinada con el pensamiento de Santo Domingo y el deseo de la Iglesia nació la Orden de Predicadores.

El Dr. Bachez hace notar que Santo Domingo estaba dotado de cierta institución para hacerse cargo de las dificultades y escoger los más oportunos remedios con que vencerlas.

Así es que viendo él mejor que nadie la necesidad grave en que se hallaba la Iglesia, tuvo la inspiración de fundar una nueva orden religiosa, que, a diferencia de las antiguas meramente contemplativas, se dedicase de lleno a la vida apostólica o sea a predicar y enseñar a los pueblos las verdades de la fe, y a los estudiosos la verdad natural, limpia de errores y concordada con la fe. Y de aquí vino como por sus pasos contados la reorganización de los estudios sagrados y profanos que muy en breve llevaron a cabo los dominicos siguiendo el camino trazado por su santo Fundador.

Esta organización de los estudios, es uno de los rasgos característicos de los dominicos y que constituyó entonces una verdadera y grande novedad en la vida de claustro. Es indudable que antes de aparecer los dominicos ya se habían ocupado los monjes y monjas, en copiar libros teológicos o literarios prestando así eminentes servicios a las letras; y aun algunos se distinguieron por la enseñanza y elocuencia; pero no es menos indudable que en aquellos estudios no había nada organizado y que el honor de esta empresa pertenece a Santo Domingo y su hijos que pusieron en esto toda su atención como medio de su fin apostólico.

Los padres del Concilio lateranense reunido en 1215 manifestaron su vivo deseo de ver elevada a mayor altura la predicación del Evangelio y la enseñanza de la Teología lastimosamente decaídas de su nivel. El papa Honorio III vió en Santo Domingo el hombre destinado por Dios para dar cumplimiento al deseo del Concilio; y oyendo de boca del Santo el fin y plan de su premeditada fundación, aprobó ésta como hemos dicho el 22 de diciembre de 1216 con las memorables y proféticas palabras siguientes que leemos en la Bula: «Estimando que los hermanos de tu orden han de ser campeones de la fe y verdadera luz del mundo, aprobamos dicha orden tuya»...

Dos años después o sea el 1218 Santo Domingo con admiración de todos diseminó sus 16 compañeros en las cuatro partes del mundo. Se necesitaba en verdad la fe de Abraham y una grandísima confianza en Dios para despararrar tan lejos con el gesto arrogante de un sembrador el único puñado de semilla con tantos trabajos recogido. Pero la penetrante mirada de Domingo había mucho antes comprendido, que lo que guía a los hombres es el ideal o las ideas, y que lo esencial para que éstas den fruto centuplicado es sembrarlas a tiempo: el resultado probó el acierto del Santo; porque 80 años después de su muerte o sea al empezar el pontificado del Clemente V, la orden de Santo Domingo contaba ya 21 provincias, y 562 conventos esparcidos por toda Europa, Grecia y Tierra Santa; siendo de advertir que cada uno de esos conventos era de necesidad un verdadero centro de enseñanza católica superior.

Y como todos esos conventos surgieron en menos de un siglo, puede de ahí adivinarse la preponderancia que tuvieron los Dominicos en la evolución de la educación eclesiástica.

Al finalizar el siglo XIII veíanse por todas partes, primero, casas de estudio ordinario dedicadas a la enseñanza de artes, Teología y ciencias; y segundo otras casas no tan numerosas, pero no menos organizadas, de estudios especiales para los más adelantados y para carreras especiales algo así como Escuelas Normales. Además estableció la Orden casas de estudios generales o sea Universidades en los principales centros universitarios como París, Bolonia, Oxford, Montpellier, etc., etc. donde se daban cursos superiores a gente madura y que a veces habían sido ya maestros, que acudían de todas partes para obtener el grado de Maestros o Doctores en Teología. Por último fundáronse por los Dominicos especialmente en Palestina «escuelas de lenguas» donde acudían los frailes que tenían especial gusto por el hebreo, griego, árabe, etc., o que tenían necesidad especial de aprender lenguas extrañas para dedicarse a las misiones entre infieles.

Y es de notar que la inmensa mayoría de reclutas hechos por la naciente Orden salían de las Universidades, y eran tanto maestros como discípulos. Solo Jordan de Sajonia inmediato sucesor de Santo Domingo en el supremo mando de la Orden, y un universitario parisino, dió el hábito a más de mil estudiantes setenta y dos de los cuales eran maestros en artes. De aquí le vino el sobrenombre con que era conocido de «Sirena de los escudos».

Y no faltaban sirenas en otras partes, porque donde quiera que iban los Dominicos allí se levantaba si no le había un centro de enseñanza: en Dublin fundaron la primera casa dominicana irlandesa el año 1224; y en la isla entera contaba la Orden treinta y ocho casas cuando la persecución de Enrique VIII.

De la organización doméstica de los estudios o la enseñanza pública en los centros seculares no había más que un paso, y éste se dió en 1229 en que por vez primera se dió asiento a los Dominicos entre los profesores de la Universidad de París reservándose una clase, y otra a los dos años. «La primera Orden religiosa, dice Mandonnet, llamada a tomar parte activa en la celeberrima Universidad de París, fué la de los Predicadores, así como fué la única que tenía el privilegio de dos clases o escuelas. Además los Dominicos fueron requeridos para la revisión de los textos

de las diferentes facultades no menos que para la revisión de la Biblia y el arreglo del Corpus Juris.

El nombre de Hugo de S. Caro está ligado con la revisión bíblica como el de San Raimundo con el del Derecho.

El mismo Hugo fué el primero en comentar toda la Santa Escritura cuyo texto hebreo fué corregido por Teobaldo de Sexania judío convertido y dominico. Las primeras traducciones bíblicas en lengua vulgar francesa, italiana, alemana, española, armenia, etc., etc. fueron obra de los dominicos correspondiendo a una necesidad social y tapando de antemano la boca a los vocingleros protestantes que se glorían de ser los primeros traductores bíblicos europeos. Y como compendio de lo que han hecho los dominicos desde entonces acá por las versiones y trabajos bíblicos, diremos que una misión dominicana estableció la imprenta en Mossul (Persia), de la cual salió entre otras producciones, el texto siríaco, o peshito, Biblia siríaca del siglo II, y la versión árabe de toda la biblia en 1887.

Pero lo que tal vez sorprenda más a muchos de nuestros lectores es que la cátedra de asiriología de Francia vacante por la muerte de Amiaud, fué ocupada por el P. Scheil nombrado al efecto en 1895 por el mismísimo Combes. Este mismo P. Scheil que es además experto egiptólogo, fué nombrado en 1890 por el entonces ministro de instrucción, Monsieur Bourgeois miembro del instituto de arqueología oriental del Cairo; y cuando en 1894 Mr. Morgan se hizo cargo de las excavaciones practicadas en Susa, su primera condición fué elegir por socio de la empresa al P. Scheil, porque, dice él, el P. Scheil me era indispensable para mi obra por su habilidad sin igual en leer los más enrevesados textos. Sus publicaciones han demostrado lo afinado que estuvo en la elección.»

El P. Denifle dominico alemán honrado con la cruz de la legión de honor como el P. Scheil, puede servir por modelo de lo hecho por los dominicos en el campo de la Historia. En 1904 publicó la vida de Lutero, que no agradó a los protestantes; pero cuyo valor y aprecio puede colegirse del hecho de haberse agotado en cuatro semanas, y de haberle honrado por ella la universidad de Cambridge protestante, con el grado de Doctor.

Pero con un autor francés contemporáneo hemos de decir, que el empeño puesto por los dominicos para la más perfecta enseñanza era encaminado a la más perfecta predicación, que es el resultado de dos fuerzas, a saber el estudio y la contemplación que llevan consigo la soledad, el ardiente deseo de salvar almas y campo de acción. El campo de acción recorrido por los dominicos desde el siglo XIII al XVI es simplemente todo el mundo entonces conocido porque tenían misiones entre moros y árabes, en Grecia y Tartaria, en Irlanda, Escocia Dinamarca, Suecia, Prusia, Polonia, Rusia, etc. y no poco admirados quedaron los holandeses cuando al llegar a Groenlandia hallaron allí un convento de dominicos cuya fundación data de la Edad Media, y del cual hizo mención el navegante Zani como de 1380.

Mas pareciendo estrecho el mundo conocido para el celo de los Dominicos, reveló Dios un nuevo mundo mayor que el viejo precisamente por medio de los Dominicos y apoyados en textos de Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Recorrid con la imaginación el mundo conocido y no hallareis rincón de la tie-

rra, ni isla que no esté regada con el sudor y sangre de los Dominicos. Y es de advertir que su paso por cualquier lugar o su obra redentora, no es a la ligera como fué v. g. la evangelización de San Francisco en la India, sino permanente y en cuanto de ellos depende eterno. Y tampoco es de olvidar que las misiones dominicanas, sin ofender a las demás, han sido reconocidas y alabadas por los Papas y otros personajes como las más florecientes del mundo aun después de haber sido alguna vez denunciados los misioneros Dominicos como chiquillos enredadores que se divertían con juegos impropios. Claro es que tales denuncias como no procedían de caridad resultaron falsas y fueron contraproducentes al fin intentado por los calumniadores. De los PP. de la Nueva España, díjose en la Corte de Madrid que jugaban con los niños indios en la plaza; y era así en verdad que *jugando* les enseñaban la doctrina, cantos religiosos etc., atraían más niños y por los niños a los niños y por los niños a los padres y a la vez aprendían los misioneros mejor la lengua.

Los eruditos saben que Dominicos fueron los primeros autores de catecismos, los que levantaron y sostuvieron Universidades en el Nuevo Mundo y en Manila, cuyos ópimos frutos admiran y alaban escritores extranjeros no católicos como v. g. Roesesvelt ex presidente norteamericano. También en China y Japón fueron alguna vez tildados de rigurosos y fanáticos los Dominicos por quien menos fuera de esperar y de cuyas acusaciones se hace cargo el cardenal Hugueter en su historia. La mejor respuesta a todo esto es conocer la vida del P. Morales cuyas heroicidades sobrepujan a todo lo imaginable: la firmeza de los cristianos, cuidados por los Dominicos, en las persecuciones religiosas levantadas por cierto alguna vez por imprudencia de algunos otros religiosos acusadores de los Dominicos, y en fin, la beatificación por la Iglesia de aquellos Dominicos acusados mas las alabanzas y fervores dispensados a los Dominicos por los Papas precisamente a raíz y debido a aquello de que eran acusados.

Y con esto ya está dicho en parte lo que han hecho los Dominicos por el mundo en el orden moral o de la bondad que por ser tan importante merece capítulo aparte y dejamos para otra ocasión. Tan solo añadiremos que sus santos son innumerables, pertenecientes a todas las órdenes y generalmente de los más sobresalientes aun en lo humano. Lean la vida de Santa Catalina de Sena llamada por historiadores no católicos la primera de los hombres de estado de su época, y digan después si hay alguna santa o santo que en su comunicación con Dios pueda comparársele, de nadie sabemos la diera Jesucristo su mismo corazón material para vivir con él por algunos años esta vida mortal, sino es de Santa Catalina.

Otro capítulo aparte merece la influencia dominicana en el arte o mundo de la belleza, tarea hecha por el P. Beson pintor francés y autor de una obra «del taller al altar» donde en dos volúmenes gruesos presenta a los artistas dominicanos.

V. M.

Las glorias del Rosario

Solo con el fin de obtener, de forzar la intercesión de la Virgen para alcanzar del cielo la anhelada paz, durante la sangrienta guerra de los albigenes, ideó

Santo Domingo de Guzmán la tierna devoción del Rosario. Fué esta devoción su arma favorita durante la terrible lucha. Con ella venció, con ella alcanzó su intento pacificador y ayudó al triunfo glorioso de los valientes defensores de la fe.

Si en la mente de todos estaba el acogerse a la Virgen en las necesidades, si fué impulso de todo corazón cristiano el invocarla con las palabras, más gratas sin duda a la Madre de Dios, supo Santo Domingo entretejer con muchas perlas... un rosario, una guirnalda poética, digna de María y engarzada en el oro de la contemplación de misterios, pasajes, escenas las más salientes, las más caras a toda alma cristiana. ¡Con qué gozo acogió la cristiandad esa devoción hermosa! ¡Cómo se abrió ella paso en las comunidades, en las familias, hasta en los campos de batalla! Y, siempre el rosario enlazado con triunfos y victorias, empleado siempre como medio infalible de unión y de paz!

Cuenta la historia, que un Santo, Dominicó también, paseaba una tarde, de la del 7 de octubre de 1571, por una cámara del Vaticano, hablando de interesantes asuntos. Dicen, que este santo, Pío V, interrumpió de pronto su conversación, como si un rumor, como si una trascendental noticia con impaciencia esperada y ardientemente implorada del cielo, llegase súbitamente a su conocimiento. Vió su interlocutor que el anciano abría una ventana, que permanecía inmóvil largo rato como escuchando lejanos rumores, como interrogando a los espacios; que juntaba después las manos elevando al cielo una plegaria y, que volviéndose a él exclamaba: «No es ocasión de tratar negocios, sino de dar gracias a Dios por la victoria...»

Sucedió esto en el preciso momento en que D. Juan de Austria «el enviado de Dios» conseguía triunfo total sobre la temida escuadra de los turcos; fué el glorioso momento histórico llamado Lepanto, en cuya memoria imperecedera se instituyó la fiesta anual del Rosario, por coincidir con su celebración el fin de la brillante jornada. Memorables son los triunfos del Rosario. Clásica, legendaria amadísima ha sido su práctica durante siglos en la familia española.

Al toque de queda, fué el Rosario para nuestros abuelos una necesidad, un descanso en las diarias tareas, un lazo que unía en torno del hogar a la familia entera.

Hoy... entre el afán de los negocios, entre la baránda de las ciudades modernas, apenas se distingue el son de la campana. Si alguna vez la oímos, es ella un ¡alto! que nos detiene en la emprendida vertiginosa carrera. Es un paréntesis, un descanso en la azarosa existencia diaria, un llamamiento a regiones más elevadas que las en que nos movemos y agitamos de continuo. Entonces, en ese paréntesis o descanso, la poética escena del Rosario en familia, de los viejos, de los niños, de los criados y los amos terminando el día santamente, unidos en un solo pensamiento junto al hogar, surge en la mente cristiana como grato recuerdo de cosa que pasó...

Como en los tiempos de Santo Domingo asistimos hoy a guerras espantosas entre los pueblos, a violentos ataques, a encarnizadas luchas en el terreno de las ideas. Feliz ocasión, la de este glorioso Centenario, para tomar el arma poderosa de unión y de paz que nos ofrece un gran Santo. Con ella obtendremos seguramente un triunfo más, si sabemos esgrimir la en la soledad, en el retiro del hogar, en el plantel de virtudes llamado «familia»...

María de la Cruz.

Centenario de Santo Domingo 1916.

Predicadores desconocidos

Convencido de que una mala defensa lejos de favorecer, empeora toda causa, dejaría en paz a la pluma, si entendiera que alguien pudiera tomar como apología de los *Dominicos*, lo que no es otra cosa que humilde y sincera manifestación del respeto y veneración que Or-

den tan esclarecida siempre me ha merecido.

Debiera callar y no puedo; enmudecería con gusto si no me obligara el agradecimiento a mostrar el bosque umbroso donde tantas veces halló quietud, solaz y aliento mi espíritu sudoroso y jadeante al atravesar el árido desierto de la vida; pecaría de hurano y avaro si tratara de ocultar el rico venero de aguas purísimas donde hartara mi sed de verdad; sacerdote y avilés he de volver por las glorias imperecederas de mi Religión y de mi Patria.

Los laureles que en siete siglos de lucha por la verdad se han conquistado los *Dominicos* son tantos que los ocultan a la faz de un mundo superficial y vano, y ha llegado la hora de volver por los fueros de esa verdad; la hora de ensalzar al humilde, mal que pese a tanto y tanto *farandulero* como abunda por desgracia en esta exposición de oropeles y farsas, en que nos ha tocado vivir.

Para ello no he de fijarme más que en el nombre que llevan de *Predicadores* con toda justicia.

Y al tratar aquí de predicadores nada teman de este nuevo Fr. Gerundio mis hermanos en el sacerdocio; no he de meterme para nada con ellos y sí con otros nuevos y famosos que la civilización nos ha traído para dar al traste con los primeros.

Ya comprendereis que me refiero a la plaga de periodistas que se han metido de hoz y de coz a despotricar contra todo y contra todos, encaramados en la columna de un periódico, desde el que hablan, fallan y absuelven o condenan cual supremos pontífices *ex cathedra urbi et orbi*.

Sabeis, de sobra, que el plato favorito que con más o menos pimienta aderezado suelen servir a sus *cándidos* y *bonachones* comensales, suele ser el de curas y frailes; plato que presentan con una salsa tal de negro odio (ellos dicen de ignorancia, egoísmo, etc. etc.) que ni la de los calamares en su tinta.

Pues bien, hemos de convenir en que esos tan aborrecidos frailes, en estos tiempos *felices* de libertad, finura, civilización, delicadeza y tan exquisitos miramientos son juzgados con desenfado por los que increíble si no los conocen al menos los odian.

¿Cómo han de conocerlos, si empiezan por hacer el vacío en torno de ellos, si cuanto aun de lejos huele a fraile lo arrojan con soberano desprecio?

¿Los tratan? ¡Horror! Entrar en un convento, hablar con un fraile... exponerse uno a que le chupen la sangre o le hagan mal de ojo... ¡Jamás!

Y el fraile pasa a nuestro lado como un ser misterioso, indescifrable, pero fatídico, de mal agüero, para cuantos no tienen la franqueza de confesar que siendo el fraile el tipo y personificación de la ciencia y la virtud, de la austeridad y del silencio sabio, de la rectitud en fin y del hombre perfecto, es por ende el maldecido espejo de la fábula contra el que se estrellan las iras todas de la vieja.

¿Cuestatanto confesar la verdad, cuando esa verdad es práctica, cuando ha de corregir excesos o defectos, cuando lejos de halagar tortura y sangra el corazón!

Pero al menos estudiarán sus obras?... Lejos de eso ni las han saludado siquiera. Saben muy bien esos pisaverdes que se requiere no poca dosis de *meollo*, largo y reposado estudio; y hasta tranquilidad de espíritu para asimilarse parte siquiera de esos infolios que la *idiosincrasia* de los frailes nos legara, testimonio claro de su *vagancia empedernida*; de ahí es que *les resulta más cómodo* extender contra ellos patentes de insuficiencia científica, crasa ignorancia, fanatismo exagerado, desconocimiento del mundo, horror a las gentes y demás títulos que a diestro y siniestro expide ese sabio que se dice *periodista*, con lo que está dicho todo.

¡Famosísima Orden de Predicadores. porta estandarte de la verdad, forjadora de sabios, heraldo de la sólida civilización medioeval y moderna; cuando es cucho los denuestos y calumnias con que tratan los enemigos de Cristo, que son tus enemigos, de obscurecer tus glorias; mas se aumenta mi respeto y cariño y veneración por tí.

Tu eres la verdad cuando los nuevos predicadores tan sin ton ni son fallan en contra.

Que os traten y estudien para aprender a ser como vosotros *Predicadores*.

J. S.

Himno a la Orden Dominicana

CORO

Alzad banderas de amor,
Y en himno eterno cantad,
Al egregio Fundador
Del orden de la verdad.

Estrofa 1.^a

La verdad llevó su fruto,
La estrella extendió su luz
Fruto es de amor el Rosario
Luz de verdad es la Cruz.
Con ella fué vencedor
Domingo en la humanidad.

CORO

Estrofa 2.^a

Siete siglos de victoria
Llenaron su nombre así,
Vive Domingo en los cielos
Y sigue venciendo aquí.
Es valiente luchador
Contra errores de impiedad.

CORO

Estrofa 3.^a

Orden que tuvo en la historia
Su dichoso amanecer,
Sin que pueda en el ocaso
Su luz de ciencia caer.
Vive con todo esplendor
Vida de su eternidad.

CORO

Rafael Sanz, T. D.

Música del Sr. D. Mariano Sánchez Sobeja no. T. D.

Fecha gloriosa

El día 22 del actual la Orden Dominicana, y con ella, todos sus admiradores han celebrado una de las más grandes epopeyas, capaz de llenar del más desbordado entusiasmo, a todo corazón amante de las glorias patrias, llevada a cabo en el siglo XIII por uno de los más grandes y célebres Guzmanes, nacido en el Pueblecito de Caleruega, Castilla la Vieja.

Si es verdad, según los historiadores, que en el siglo XIII, sin menoscabo de los fueros de la razón, la iglesia no coartó lo más mínimo el vuelo del entendimiento humano, es lo cierto que el desarrollo intelectual y moral en Europa se hallaba impregnado de un sabor esencialmente teológico. Porque la Teología era la que dirigía el espíritu humano; y por eso, todas las opiniones, tenían un olor teológico, y las mismas cuestiones políticas e históricas eran siempre consideradas bajo el punto de vista de la teología. Hasta la retórica, la aritmética y la física la reconocían; y de tal manera se había enseñoreado de todos los órdenes del saber humano, que ella era la reina y la que modulaba todas las ciencias y Artes.

No obstante, como la barquilla de Pedro ha sido siempre y en todos los siglos combatida por las recias tempestades y desencadenados vientos y huracanes de la persecución y de la tribulación, no habían de faltar en el siglo XIII quien saliera, como siempre, a la defensa contra sus perseguidores.

Por eso si los sectarios de la herejía, si los albigenses en Francia y los gibelinos y maniqueos en Italia, tratan de rasgar y manchar la in-

consútil túnica de la Esposa del Cordero, Dios hace aparecer en la tierra a dos Serafines, que rebosando sus corazones ardientes de amor divino y llenos de celo por la gloria de Dios, lucharán como titanes y se sacrificarán cual valientes y esforzados campeones en aras de la Justicia, de la Verdad y de la pureza de la fe. Un día la Providencia, hace se encuentren en la ciudad eterna estos dos Serafines; se miran mutuamente, se compenetran y por la unanimidad de aspiraciones santas se convierten en una sola alma y corazón. Y fué entonces cuando convinieron hacer evolucionar el Estado Religioso y dar a la Iglesia un nuevo y disciplinado Ejército de Paladines, que sin abandonar la vida mística y contemplativa, ceñidos con un espada de dos filos, unieran a la oración, al ayuno y vida monástica, la lucha con los enemigos, de Dios y de su Iglesia, por medio de la predicación, las controversias por palabra y por escrito, adunando a la vida cenobítica y contemplativa, la activa y de lucha contra el error y la herejía y esos dos atletas fundan las dos Ordenes Mendicantes de Franciscanos y Dominicos. Y el Papa Inocencio III aprueba por inspiración divina dichas órdenes, noticia de la aparición que tuvo Santo Domingo estando devotamente orando en la Iglesia de San Pedro de Roma, en la que entregándole San Pedro el libro de los Evangelios y San Pablo un báculo le dijeron: Ve y predica, puesto que para ello has sido elegido por Dios.

Y después, en el año del Señor de 1216, recibía Santo Domingo la Bula de Confirmación de su Orden de manos de Honorio III, en la que le decía.

«Honorio Obispo

Servo de los siervos de Dios:

Al amado hijo Domingo, Prior de San Román de Tolosa, y a tus hermanos que profesan y han de profesar vida regular salud y la bendición apostólica.

Nos, atendiendo a que los hermanos de la orden han de ser defensores de la fe, y verdaderas lumbreras del mundo, confirmamos tu orden con todas las cosas que teneis y habeis de tener; y a la misma orden y a sus posesiones y derechos, los tomamos bajo nuestro gobierno.

Dado en Roma en Santa Sabina, día, 22 de diciembre, año primero de nuestro Pontificado.» Sehan cumplido 700 años, desde que el más bueno de los Guzmanes tuvo el gozo de ver realizado y aprobado por los Soberanos Pontífices aquel sueño dorado y visión celestial que tiempo, hacía preocupaba todas sus potencias y sentidos; y cumplida la profecía de aquella resplandeciente antorcha que con sus fulgores había de iluminar a todo el mundo y con la que inflammaría a las gentes en el amor divino que vió en sueños su Madre la Beata Juana en figura de un cachorro, cuyos resplandores, no han sido capaces de apagar, ni siquiera de obscurecer con la más pequeña sombra durante siete centurias, ni la corrupción del mundo, ni las persecuciones y cismas y ni aun las más desencadenadas revoluciones sociales. Vive pura e inmaculada la orden de la verdad, como la fundó su gran patriarca Santo Domingo, siendo uno de los timbres de su mayor gloria y loor el que en siete siglos de existencia, no haya tenido que sufrir la más mínima reforma. Por eso sus Hijos llenos de alborozo y alegría, han celebrado con el mayor esplendor en todo el orbe católico tan gloriosa efeméride cual es la aprobación de la Orden Dominicana. Y este es el motivo de los solemnísimos cultos y fiestas que durante un tríduo celebraron los padres Dominicos de Santo Tomás de esta ciudad de Avila, émulos de las glorias de su gran Padre Santo Domingo de Guzmán y de su ínclita orden.

Loor y gloria a Dios, a la Iglesia Católica y a la ínclita orden de frailes predicadores.

Un dominico.

LO INCREÍBLE

¡Que cante yo la secular grandeza de la invicta legión dominicana?... Desciende un angel del más alto cielo y de seguro no sabrá cantarla.

Ved ese azul donde infinitos astros fugaces surcan las regiones diáfanas, enviando al mortal suaves destellos de rubies, topacios y esmeraldas.

Ved ese sol en medio del espacio, que al mundo con su luz viste de gala y al asomar por el rosado oriente da vida al cuerpo y alegría al alma.

Mirad las nubes rodear la tierra y envolverla en cendal de finas gasas, regándola de perlas que fecundan el suelo estéril con frondosas plantas.

¡Débiles sombras de lo que es y ha (sido) la celestial generación guzmana!... retrato infiel, descolorida imagen de la gloria y virtud de sus hazañas!

«Atletas de la fe, del mundo soles» proclamó en esta fecha memoranda el Vicario de Cristo a los Guzmanes, y salió verdadera su alabanza.

Domingo apenas expirado había, cuando aparece un angel en Italia y no hallando ropaje más hermoso se revistió de la librea blanca.

Como angel que era, escudriñó los (cielos) y bajó de la tierra a las entrañas; y escribió sus misterios en un libro, *Suma* divina de la ciencia humana.

En torno de Tomás gira el sistema de sabios inmortales que en su marcha jamás interrumpida al mundo alumbran desde la esfera de esta Orden santa.

Aquí Raimundo compiló las Leyes, y el Gran Alberto las fijó a las auras, y recorrió Antonino las edades, y las costumbres endulzó Granada.

Si cerrando los ojos a estas luces en sus vicios el hombre se encenaga, vestido con sayal dominicano un nuevo angel criará la España.

Cual voz de apocalíptica trompeta tronará de Vicente la palabra, y despertando el alma del letargo respirará la vida de la gracia.

En cuanto se divise el nuevo Mundo, Luis de Beltrán, la nubecilla rauda, llevará hasta los áridos desiertos del pecho de Jesús las ricas aguas.

Hoy en el globo la fecunda lluvia de la doctrina sin cesar derraman los hijos de Domingo, desde el polo hasta la ardiente arena del Sahara.

Del salvaje ignorante y desvalido mil veces visitaron la cabaña, y mil otras impíos tribunales enrojearon con su sangre inmaculada.

Desde que Pedro de Verona el *Credo* en el polvo escribió con roja mancha, estos fuertes leones desafián del infierno las iras y amenazas.

¿Y quereis que mi lengua tartamuda de héroes tantos cante las hazañas en el largo correr de siete siglos?... Señores: perdonad: ¡No digo nada!

Fr. J. O., O. P.